

ETAPA NEOGONGORINA

Por
GEORGINA POZO LLORENTE

En Murcia, en enero de 1933, aparece editado el primer libro del «lunicultor» Miguel Hernández *Perito en lunas*, escrito en octavas reales como el *Polifemo* de Góngora; autor que le servirá de contención a su imaginación «desmesurada».

Los poetas de la llamada, a propósito, generación del 27 ya habían descubierto al poeta cordobés. *Cal y Canto* de Rafael Alberti es un claro ejemplo de neogongorismo; más literal, como se ha señalado¹, que el de Miguel Hernández.

Para el poeta de Orihuela la poesía debía ser siempre «manifestación de la sangre» y nunca «hielo pensante»². Sorprende observar cómo hasta en las composiciones que forman su etapa neogongorina –llamadas muchas de ellas «acertijos poéticos» por Gerardo Diego³–, no se apartan totalmente de esta aseveración, por difícil que resulte pensar que esa personalísima manifestación, de la sangre esté contenida en estructuras y recursos gongorinos.

Un ejemplo lo constituye la octava XXXVI⁴. Su tema sugeridor (Funeral y Cementerio), que se abre como un abanico cuando relaciona la muerte, lo subterráneo y el amor se hará símbolo en su poesía posterior y con su muerte, símbolo de su propia vida. En esta octava el tema está sujeto a recursos tan gongorinos como el Hipérbaton:

«Final modisto de cristal y pino;
a la medida de una rosa misma
hazme de aquél un traje...».

La derivación y antítesis utilizadas cuando llama al cementerio:

«Patio de vecindad menos vecino».

También la fingida y lúdica lýtotes:

«...que en un prisma
¿no?, se ahogue, no, en un diamante fino».

En otra etapa de su poesía parece que este símbolo corre libre por los versos, como en el primer terceto de su famosa elegía a Ramón Sijé:

«yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas
compañero del alma, tan temprano»⁵.

Algo parecido ocurre en octavas como la III⁶, reproducida en su poema de metros cortos titulado «Toro». Bajo cultismos como «émulos» en «Émulos imprudentes del lagarto», para referirse a los trajes de luces como escamas de los toreros, por su oficio, imprudentes; y también bajo exclamaciones exhortativas como:

«¡A la gloria, si yo antes no os encoro
–golfo de arena– en mis bigotes de oro!».

que tanto recuerdan a las gongorinas del tipo:

«¡Revoca, Amor, los silbos, o a su dueño
el silencio del can siga y el sueño!»⁷.

se esconde el toro, convertido también en símbolo de su poesía posterior, específicamente será un símbolo trágico.

Se trata de un gongorismo contemporáneo y especial, neogongorismo en suma, con influencias de los ismos de las vanguardias, de lo lúdico; y lo que es más importante de un gongorismo personal, en el que los elementos de la naturaleza que rodearon a Miguel Hernández se esconden tras herméticas y traviesas alusiones metafóricas.

Así, el gallo es en la octava XII⁸:

«Arcángel tornasol y de bonete
dentado de amaranto, anuncia el día,
en una pata alzado un clarinete».

tan parecido a aquel gongorino:

«Doméstico es del sol nuncio canoro,
y -de coral barbado- no de oro
ciñe, sino de púrpura, turbante»⁹.

Otros elementos de la naturaleza que aparecen son la granada, la sandía, el azahar, las ovejas; escondidos tras imágenes visuales en las que predominan los colores rojo «púrpureo» y blanco «lilio» tan del gusto del poeta cordobés.

«El rojo desenlace negro de hoces» al que se refiere Hernández en la octava XVII es el color, rojo y negro de pepitas, del final de ese «verde plenilunio» que es la sandía cuando el cuchillo se encarga de cortarla. También es «Tierno drama», el drama, que si algún color sugiere, éste es el rojo.

«Tragedia de aglomerados rojos», «rojos zares», «enciclopedia del rubor», «corazones» son para Miguel Hernández las semillas purpúreas de la granada vistas agitándose entre los labios que forman una «risa media».

Las ovejas son en la octava XXVI «blanca y cornuda soñolencia», «valle de almidón» y como siempre la luna en «tornaluna de música y sendero...».

La serpiente que aparece como tema en la octava XVI y que tiene muy parecida versión en un poema en metros cortos titulado Culebra, aparece de nuevo, aunque ya no como tema, en la lúdica y un tanto escatológica octava XXX en la que la luna es un retrete y las heces una serpiente.

En todas ellas aparece la figura de la virgen y en las dos primeras, quizás para recordarnos la anécdota que se cuenta de María¹⁰ que pisa y maldice a la serpiente por la que casi el niño Jesús-Miguel Hernández, tiene un accidente. Así queda explicado el verso de la octava XVI:

«Por mi dicha, a mi madre, con tu ardid,
en humanos hiciste entrar combates».

Volverá a aparecer la serpiente en la octava XL. Su significado parece obvio si atendemos al tema sugeridor, «Negros ahorcados por violación»:

«¡Norte! Forma de fuga al sur: ¡serpiente!».

Todo se ha hecho manifestación de la sangre, roja como las purpúreas rosas de Góngora.

Todavía no ha aparecido el amor pero una vez que aparezca en su vida, estos acertijos –elementos de la naturaleza que el lector adivina– se van a convertir en confidentes de su amor. De Góngora a Garcilaso.

NOTAS

- ¹ Ej. Zardoya, C (1968): «El mundo poético de Miguel Hernández.». Rev. *Ínsula*, n.º 168, Madrid.
- ² Hernández, M. (1936): Rev. *El sol*, 2, enero, Madrid.
- ³ Diego, G. (1968): «Sobre “Perito en lunas”». Rev. *Ágora*, núms. 49-50, Madrid.
- ⁴ Hernández, Miguel: *Obra poética completa*. (1988). Alianza Editorial, Madrid, pág. 59.
- ⁵ O.c. 4, pág. 251.
- ⁶ O.c. 4, pág. 50.
- ⁷ Alonso, D. (1980): *Góngora y el Polifemo*. Vol. III, Madrid, Gredos, Octava XXII, pág. 133.
- ⁸ O.c. 4, pág.53.
- ⁹ Alonso, D. (1980): *Góngora y el Polifemo*. Vol. II, Madrid, Gredos, Soledad I, pág. 225.
- ¹⁰ Quizás se trate de una desviación medieval y transmitida oralmente de la anécdota narrada en el Evangelio apócrifo según un pseudo Mateo.